

LAS RELACIONES FRANCO-ALEMANAS EN LA HISTORIA

La reciente conclusión de un pacto de amistad firmado por Francia y Alemania ha sido acogido por la opinión pública mundial como un acontecimiento sin precedente. Cual sucede con frecuencia en semejantes casos, los comentarios de prensa han subrayado el aspecto sensacional de la reconciliación de las dos naciones renanas. Una lucha milenaria concluía con el abrazo «histórico» del anciano canciller alemán y del anciano Presidente francés. El tópico de la eterna enemistad de Francia y de Alemania—tan fomentado durante las dos últimas guerras mundiales—de nuevo apuntaba para ser solemnemente sepultado. No por ello deja de ser falso. Pretender reducir la larga historia de las relaciones franco-alemanas a una interminable lucha iniciada en tiempo de los galos y de los germanos y proseguida hasta nuestros días, es una simplificación excesiva. No hay nada más falso. Las propagandas de guerra han podido utilizarla. La verdad es más compleja. En realidad, Francia y Alemania, tan pronto se han combatido como se han entendido. Los períodos de paz, e incluso de alianza, han alternado con las guerras. Sin duda, los historiadores de la era imperialista han insistido más sobre las hazañas y los destrozos de un Napoleón o de un Bismarck que sobre los intercambios culturales o comerciales de las eras de paz. Sin embargo, esas eras han existido. Tiempo hubo en que los reyes de Francia no desdeñaban casar a sus hijos con princesas germánicas, en que los escritores ponderaban el carácter apacible de los «buenos alemanes» y en que estos últimos, perdidos de admiración ante la Francia de Versalles, sólo aspiraban a copiar a ésta. Bien es verdad que estos períodos de armonía no han durado mucho tiempo y que han llevado suavemente a los pueblos vecinos a chocar entre sí. Estos antecedentes pueden parecer de mal augurio. No es forzoso que vuelvan a repetirse. No obstante, su recuerdo incita a la prudencia.

* * *

No es que se crea—como profesaba el General De Gaulle ante el micrófono de Radio Londres, en el transcurso de la última guerra—que el viejo duelo entre galos y germanos haya de proseguirse sin término en su descendencia. Este argumento de la propaganda carecía terriblemente de consistencia. Los descendientes de los guerreros de Ariovisto y los de Vercingetorix han emigrado muchas veces desde la guerra de las Galias. Descendientes de los celtas han afinado en Alemania, donde se mezclaron con los germanos y los eslavos que vinieron a sustituir a los germanos de César y de Tácito, después de las grandes migraciones de pueblos de los siglos IV y V. Por tanto, existen mayores probabilidades de encontrar sangre de los francos, los burgundos y, en menor proporción, de los godos al Oeste del Rin que al Este del mismo. Es lo que olvidaban a veces los polemistas franceses después de 1870, cuando acuciados por su celo antialemán iban a buscar en la obra de Tácito juicios severos sobre los germanos del primer siglo, que tenían más probabilidades de ser sus antepasados que los de sus enemigos. En realidad, las diferencias étnicas entre los habitantes del Norte de Francia y sus vecinos de la Alemania occidental son menores que las existentes entre los marseleses y los habitantes de Niza. Y una comparación entre un natural de Baden y un prusiano pondría de manifiesto semejanzas no menores. Lo que separa a los pueblos vecinos es menos su origen que su civilización, su idioma, sus costumbres, esos productos de una evolución diferente.

En el remoto origen de ambos países se halla un hecho importante: la Galia fué más completamente romanizada que la Germania, de las que sólo las regiones occidental y meridional han conocido la dominación de las Legiones romanas y la civilización latina. La Galia romana también oyó mucho antes que la Germania la predicación del Evangelio. Vió organizarse la Iglesia en su suelo cuando las tribus paganas de los bosques germánicos rechazaban aún con violencia a los misioneros de Cristo. Ello le permitió tener durante mucho tiempo un cierto avance cultural con relación a las tierras de allende el Rin, cuyos habitantes, incluso después de su conversión al Cristianismo mediante los monjes irlandeses y anglosajones, conservaron su rudeza. La Galia y la Germania, sin embargo, parecieron fundirse cuando los Alcaldes de palacio de Austrasia, al frente de sus francos, consiguieron que el Papado les pagase los servicios prestados a la Cristiandad y a los sucesores de San Pedro, legitimando su nueva dinastía. Carlomagno logró constituir

un Imperio cuyo eje ya no estaba en el Mediterráneo, por mucho tiempo dominado por los musulmanes, sino en el valle del Rin. El gran río unía a los pueblos ribereños en lugar de separarlos. Aix-la-Chapelle constituía la capital temporal de la Cristiandad occidental, en la que una Roma decadente conservaba la antorcha espiritual. Aquel inmenso imperio donde volvía a florecer la civilización era sin duda demasiado extenso y demasiado heterogéneo para subsistir. Hubiera sido preciso que los pueblos que lo componían se tomaran la costumbre de vivir juntos y que hombres destacados prosiguieran la obra del gran Carolingio. Hubiera sido preciso también organizar el Estado, dotarlo con medios financieros y administrativos, que no tenía. Por no haberse cumplido estas condiciones, los sucesores de Carlomagno, que se disputaron el poder con las armas en la mano, provocaron el desmembramiento del Imperio. En medio de guerras fratricidas nacieron una Francia y una Germania que tenían que vivir, y entre ellas una Lotaringia—el país de la Boca del Rin a Italia—, que no habiendo podido conservar su independencia iba a constituir durante siglos una manzana de la discordia entre las dos monarquías que la encuadraban.

Las dos monarquías empezaron por combatirse. Sus reyes, Luis el Germánico y Carlos el Calvo, estos dos medio hermanos, tan pronto aliados contra su hermano mayor como enemigos entre sí, soñaban con reconstituir la unidad del Imperio rota con el tratado de Verdún.

Estas primeras guerras franco-alemanas se terminaron con ventaja para el rey germánico. Es fácil ver por qué. Mientras que los Carolingios del Oeste se debatían contra los piratas normandos y contra sus propios vasallos, en Germania el peligro húngaro había hecho surgir una nueva dinastía: la de los príncipes sajones. Enrique el Pajarero y luego Otón el Grande supieron dominar a los turbulentos señores sobre los que reinaban. Merced a esta ventaja, el primero reconquistó la Lotaringia, que por mucho tiempo quedó incorporada a la Germania, y el segundo pudo fundar el Imperio romano germánico que había de perdurar hasta después de Austerlitz. En estas condiciones, los intentos de los Carolingios para recuperar las tierras de Austrasia estaban abocados al fracaso. A partir de la segunda mitad del mismo siglo X, la influencia germánica gravitó pesadamente en los asuntos franceses. Existía en el reino carolingio un partido favorable al Imperio, compuesto por clérigos dominados por preocupaciones de unidad cristiana—como el Arzobispo de Reims, Adaberon, y el teólogo Gerbert—y de grandes vasallos hostiles

a los Carolingios. Este partido fué el que hizo triunfar, a la muerte de Luis V, la candidatura del Duque de Francia, Hugues Capet. Esta elección significaba que el reino occidental abandonaba el sueño imperial de los descendientes de Carlomagno, así como el deseo de reconquistar las tierras de Lotaringia. Durante largos siglos, Francia y el Imperio habían de vivir en paz.

Las buenas relaciones entre los Capetos y los Emperadores germánicos se explican fácilmente. Los dos Estados perseguían metas distintas. Para los Capetos se trataba de consolidar su dinastía, permitiendo, merced al apoyo del clero, que la corona pasase al hijo mayor del rey reinante antes de que éste se muriera y de redondear el dominio real sin provocar la ira de los grandes vasallos, tan poderosos como su señor. A partir de 1066, la conquista de Inglaterra por el Duque de Normandía, Guillermo, agravó esta situación. El rey de Francia estaba en situación de inferioridad frente al Conquistador. En adelante y durante siglos el peligro no se sitúa para él al Este, sino al Oeste. El conflicto secular franco-inglés se iniciaba. Con alternativas de éxitos y reveses para ambos adversarios, había de durar hasta Waterloo.

Mientras los reyes de Francia consagraban sus fuerzas a esta lucha por la vida, los Césares germanos se dejaban seducir por el espejismo italiano. El título imperial requería que Roma estuviera sometida a los soberanos germanos. La posesión de la Ciudad Eterna implicaba la dominación de Italia, cuyas riquezas eran muy propias para atizar la voluntad de poder de los Emperadores. En tanto que oscuros señores y Caballeros teutónicos conquistaban tierras eslavas, los monarcas se obstinaban en doblegar a los Papas y los municipios italianos que, con frecuencia derrotados, reanudaban la lucha muchas veces con el apoyo de los grandes feudatarios alemanes. Italia era «la guarida del león», según dijera el prudente Rodolfo de Habsburgo, que se había comprometido a no cometer el error de sus brillantes antecesores. Pero éstos habían gastado en sus falaces cabalgadas unas energías que probablemente hubieran sido más fecundas de haberse orientado hacia otros sectores, en perjuicio de los pueblos eslavos.

La situación de los reyes de Francia, amigos y a veces protegidos de los Papas, al mismo tiempo que buenos vecinos de los Emperadores, fué en reiteradas ocasiones delicada durante la larga lucha entre el Sacerdocio y el Imperio. Francia constituía un refugio para los Papas cuando el ejército imperial los amenazaba. Desde allí podían lanzar el

anatema contra sus enemigos. La tentación de acallar esa voz, convenciendo a los Capetos para que cerraran su reino a los Pontífices, la tuvo, evidentemente, más de un Emperador. Pero, aunque por mor de las defunciones y las bodas se formara el enorme imperio de Angers, que bajo los Plantagenetes unía a la Francia del Oeste con Inglaterra, debilitando la posición de los Capetos, éstos no cedieron. Por débiles que fueran, Luis VI y su ministro Suger se enfrentaron con la invasión con que les amenazaba Enrique V. Luego, Luis VII hizo frente al poderoso Federico Barbarroja, que no llegó nunca a tomar las armas contra él. A partir de la subida al trono de Felipe Augusto se estableció una alianza entre los Capetos y los Staufen, que duró hasta la muerte del Emperador Federico II. De no temerse los anacronismos, podría hablarse de una «entente» franco-alemana contra Inglaterra y su satélite de Baviera. Sería forzar la nota. Pero Felipe Augusto siguió siendo fiel a los príncipes de Suabia, a través de las fluctuaciones de sus relaciones con el Papado. Su victoria de Bouvines sobre el Emperador Otón de Brunswick y los flamencos aliados del rey de Inglaterra, Juan, le permitió restablecer en el trono imperial a sus aliados alemanes, en la persona de Federico II. Y cuando éste fué condenado por el Papa Inocente IV, San Luis, aunque estuviera dispuesto a defender la libertad del Pontífice, refugiado en Lyon, se guardó de romper con el Emperador excomulgado. Cuando la dinastía de los Staufen se derrumbó, la alianza franco-alemana había permitido a los reyes de Francia quebrantar el poderío angevino y a los soberanos alemanes llevar a cabo las gigantes empresas que les inspiraba el espejismo imperial.

El fracaso imperial, sin embargo, abría nuevas perspectivas. El reino de Francia había tenido tiempo de organizarse. Los Capetos disponían de una fuerza muy superior a la de sus vasallos. Habían rechazado a los Plantagenetes, que no se mantenían más que en Aquitania. Podían soñar con grandes empresas como las Cruzadas o con la conquista del reino de Sicilia. Cuando llegaban a la cumbre, el Imperio estaba sumido en la anarquía. Ese Estado «invertido», entregado a los intereses particulares de los electores, cesaba de contar por mucho tiempo como gran potencia. A partir de entonces, los Capetos y sus juristas debían sentir tentaciones de redondear su dominio por el Este. Sería absurdo decir que Felipe el Hermoso pensó en emprender la marcha hacia el Rin, que, siglos más tarde, habían de llevar a cabo sus lejanos sucesores. Pero aprovechó el caos alemán para recobrar dominios que el Im-

perio había cogido ilegalmente en los tiempos de su esplendor. Un texto de Clemente IV a San Luis indica cuán imprecisa era la frontera franco-imperial. «No la vemos determinada en ningún escrito—escribía el Pontífice—, aunque hayamos oído decir desde hace tiempo que en ciertos lugares resulta señalada por los ríos y por las provincias eclesiásticas o por las diócesis, pero no sabríamos distinguirla: estamos en una completa ignorancia.»

En estas condiciones, los Capetos rectificaron en su provecho los antiguos abusos con suma facilidad. Así se adueñaron de Lyon, compraron la Borgoña, pasaron el Ródano y la Saona y penetraron en la Argonne. Se iniciaba el reflujó germánico. Ello no dejó de provocar alguna emoción en el Imperio. El «rey de los Romanos», Alberto de Habsburgo, y Felipe el Hermoso, negociaron para poner término a una tensión pasajera. En Quatrevaux—no lejos de Vaucouleurs—los dos soberanos se entrevistaron y delimitaron su frontera. El Mosa debía separar sus Estados. Se volvía, pues, a los límites de Francia en 843, quedando la Lotaringia para Alemania. Durante mucho tiempo, estas fronteras habían de separar el reino de la flor de lis del Imperio.

La ambición de los Capetos apuntaba más alto: era la misma corona imperial la que soñaban con ceñir. En teoría tal designio era perfectamente legítimo. El Imperio no era alemán. Era «romano», occidental, diríamos actualmente. Su capital no era Francfurt, sino Roma. Nada impedía que un francés recuperase la corona que antes que Otón el Grande habían ceñido Carlomagno y Carlos el Calvo. Existía aún un sentimiento de comunidad cristiana que hacía posible semejante sueño. Las órdenes monásticas fundadas por franceses, como Cluny y Citeaux, o por alemanes, como los Cartujos, o los Mostenses, se extendían por ambos países. La civilización francesa estaba entonces en todo su apogeo. Se decía que Italia era el país del Sacerdocio, Alemania el del Imperio y Francia la tierra del Saber. Pero después de la caída de los Staufén, también la fuerza se había pasado a Francia. La influencia francesa era grande en el Imperio. Emperatrices francesas habían implantado entre los rudos caballeros germánicos las costumbres de su país, menos tosco. Las traducciones de las novelas cortesés francesas o sus imitaciones muestran hasta qué punto el gusto francés se había extendido en Alemania. Fué entonces cuando Tristán e Isolda se convirtieron en alemanes gracias a Gottfried de Estrasburgo y a Wolfram de Eschenbach. Asimismo, la arquitectura ogival, nacida en la Isla de Francia,

se extendió más allá del Rin. ¿Por qué una Alemania así afrancesada no hubiera tenido un soberano de sangre francesa?

Este razonamiento, válido en París, lo era mucho menos en Francfurt. Felipe el Hermoso presentó así la candidatura de su hermano Carlos de Valois, luego la de su hijo Felipe el Largo. Su hijo Carlos el Hermoso, a su vez, probó la suerte. En todas las ocasiones, los electores germánicos los hicieron fracasar. Sin duda los animaban menos los motivos patrióticos que la preocupación de preservar su independencia y evitar caer bajo la ruda férula de los Capetos. Un poder débil e inestable convenía a sus intereses. Los grandes feudatarios alemanes temían que los reyes de Francia tratasen de implantar el sistema hereditario que habían hecho triunfar en su reino, en tanto que el juego de los electores era mantener el carácter electivo del Estado. Su negativa no acarreó, por lo demás, ninguna tensión entre Francia y el Imperio. Tal vez los soberanos de París hubieran reiterado su tentativa si un nuevo conflicto con Inglaterra—«la guerra de los cien años»—no hubiese quebrantado sus sueños de dominación, forzándolos a una terrible lucha por su misma existencia.

Durante esta guerra sin cuartel, el Imperio tenía ocasión de restablecer el equilibrio continental y de reconquistar los territorios recobrados por Francia en perjuicio del Imperio. No lo hizo. En los tiempos sombríos del cautiverio de Juan II en Londres, de los disturbios de París y de la «jacquerie»*, la presencia de un príncipe amigo en el trono imperial, Carlos IV, permitió a los Valois no abrigar temor alguno en su frontera oriental. Incluso se vió al Emperador hacer una visita de buena vecindad al rey Carlos V. Su hijo Segismundo, unos años más tarde, había de volver a París para intentar reconciliar Francia e Inglaterra. Habiendo fracasado su mediación y la caballería francesa resultando aplastada en Azincourt, fingió tomar las armas contra el rey de Francia, pero tropezó con la negativa general de la feudalidad germánica. Así se disipó la tormenta. El Emperador sin fuerzas, Segismundo, hubo de renunciar a su empresa, fácil en apariencia, pero que con todo rebasaba sus posibilidades.

Por lo demás, un nuevo peligro iba a aproximar nuevamente los Valois a los soberanos alemanes: el renacimiento de la Lotaringia bajo

* Nombre dado a la guerra de los campesinos franceses contra los señores en el siglo XIV, después de la batalla de Poitiers. (N. del T.)

la dirección de los Duques de Borgoña. Esos primos de los reyes de Francia, dueños de los territorios más ricos de Europa, disponían de una potencia económica envidiable y soñando con constituir, merced a la misma, una fuerza militar temible, habían sabido, apoyándose tan pronto en los ingleses como en los franceses, sacar serias ventajas de la guerra de los Cien años. Derrotada Inglaterra y casi totalmente eliminada del suelo francés, el conflicto franco-borguignon había de estallar. Los Grandes Duques de Occidente se dirigieron al Emperador Federico III para que se les concediera una corona real. Pero su política renana les oponía al cuerpo germánico. No sólo el Emperador eludió su petición, sino que apoyado esta vez en la Dieta se alió con Luis XI contra Carlos el Temerario, que había querido adueñarse de la pequeña plaza de Neuss. Alianza de pura forma, por supuesto. A la hora de la verdad, los enemigos se pusieron de acuerdo para concluir una tregua. No fué contra los ejércitos imperiales contra los que iban a estrellarse los ejércitos borguñones, sino contra los sólidos infantes suizos y su aliado el Duque de Lorena. Después de este éxito, parecía que la «centente» contra Francia y el Imperio iba a ser más duradera que nunca. Sin embargo, llegaba a su fin.

Fué precisamente la cuestión de Borgoña la que determinó el fin de una era de vecindad pacífica que, pese a algunas tormentas, había durado a bulto desde finales del siglo x a finales del xv. Luis XI, al enterarse de la muerte de Carlos el Temerario, había querido adueñarse de los ricos territorios que, en derecho, había de heredar la hija del difunto, María de Borgoña. Hubiera casado a ésta con el Delfín Carlos para justificar su conquista. Entre tanto, estimaba indispensable apoderarse de tierras sin defensor. La imprevista resistencia de las provincias que pretendía anexionarse sólo le permitió adueñarse de la Borgoña. Antaño, la Duquesa había sido prometida al hijo del Emperador, Maximiliano de Habsburgo. Este acudió a su llamamiento, dispuso la celebración del matrimonio y salvó a los Países Bajos, el Artois y el Franco Condado. En aquella guerra eran los Habsburgo y no Alemania entera quienes habían combatido al rey de Francia. De haber sido elegido para la dignidad imperial un príncipe de otra familia que la Casa de Austria, las relaciones franco-alemanas no se hubieran visto alteradas. Pero los electores designaron a Maximiliano a la muerte de su padre y más tarde al nieto de aquél, Carlos de Gante, ya rey de España. A partir de entonces, la cuestión de Borgoña había de reco-

brar actualidad y abrir una larga era de lucha entre los Valois y los Habsburgo.

II.—LA ERA DE LAS RIVALIDADES DINÁSTICAS

La elección imperial de 1519 fué sin duda un acontecimiento histórico decisivo. A la muerte de Maximiliano, la candidatura de Carlos de Gante podía hacer temer a los príncipes y a las ciudades de Alemania que la corona imperial se convirtiese en hereditaria en la familia de Habsburgo. En Francia, donde reinaba el joven rey Francisco I, se temía, no sin motivos, que la elección del rey de España para el Imperio rompiera, en provecho de aquél, el equilibrio europeo. Ahora bien: desde hacía unos veinte años, los reyes de Francia y de España se enfrentaban en Italia y en Navarra para establecer su hegemonía en la rica península italiana. El interés francés era tener en jaque a Carlos. Pero en vez de apoyar contra él a un príncipe alemán, Francisco I creyó hábil presentarse él mismo, como lo habían hecho los últimos Capetos. Los electores germánicos, solicitados por ambos soberanos, atiborrados de oro por el francés, mientras recibían del Habsburgo letras contra el Banco Fuggar de Augsburgo, pagaderas después de su elección, vacilaron. Creyeron oportuno elegir a un tercero en discordia, menos poderoso, el elector de Sajonia, Federico el Sabio. Pero éste se recusó. Obligados a elegir entre el francés y el nieto del último Emperador, se pronunciaron en favor de éste.

Dos años después, la guerra estallaba entre el Emperador, deseoso de recuperar la Borgoña, arrebatada por la fuerza a su abuela, y el rey, que sus designios sobre Italia y Navarra oponían a Carlos. Los polemistas del rey de Francia proclamaron que su soberano luchaba por defender la independencia de su Estado contra las aspiraciones a la monarquía universal. El argumento no era del todo falaz. Carlos V quería resucitar el Imperio cristiano en el momento en que las fuerzas del Islam amenazaban a Europa en las llanuras del Danubio y en el Mediterráneo. Pero su ideal unitario cuadraba mal con una época en que las monarquías nacionales tomaban cuerpo. En el momento mismo en que intentaba rehacer la unidad de la Europa cristiana, una «querrela de frailes» desencadenaba en Alemania, posteriormente en gran parte de Europa, el movimiento de la Reforma, que había de dividir irremisiblemente a la Cristiandad.

Fué la suerte de los reyes de Francia. Francisco I, luego Enrique II, supieron mover contra su formidable adversario a los príncipes protestantes alemanes y utilizar el particularismo alemán. Este sentimiento era en extremo fuerte en Alemania. Anárquico, impotente en el exterior, incapaz de hacer frente al rey de Francia e incluso a los husitas checos, el país había logrado un alto grado de prosperidad. Las grandes ciudades comerciales se habían enriquecido traficando con Italia, los Países Bajos, las regiones del Báltico y los reinos de Occidente. Augsburgo, Nuremberg, Francfurt, figuraban entre las ciudades más ricas de Europa. Sus burgueses estaban celosamente apegados a un sistema que les resultaba tan provechoso. Los príncipes, que gozaban de una amplia autonomía; los caballeros, que se aprovechaban de la debilidad del Emperador para actuar según les venía en gana, no estaban menos apegados a las libertades germánicas. Carlos V, extranjero a medias en su Imperio como en la mayor parte de sus Estados, representaba ya una amenaza para el estatuto alemán. Cuando quiso defender a la Iglesia contra los protestantes, que al secularizar los bienes eclesiásticos hacían con frecuencia una provechosa operación financiera, su desconfianza se tornó en hostilidad. Los hugonotes alemanes prefirieron entenderse con un rey extranjero antes que someterse al Habsburgo. Así se anudó la alianza paradójica de los protestantes alemanes con el Rey Muy Cristiano, quien, en su Estado, perseguía a sus correligionarios para salvar la unidad moral de Francia. Era indudablemente una alianza de intereses que se ocultaba bajo el bello pretexto de defender las libertades germánicas, pero esa alianza era sólida, ya que duró durante más de un siglo. Francia y parte de Alemania se coaligaron contra la hegemonía habsburguesa. En el clima de pasión de las guerras civiles no cabe duda que ante los ojos de los hugonotes todo era preferible antes que someterse al Emperador católico. Así se explica cómo, para obtener el apoyo de Enrique II, los jefes de la liga de Smalkalde entregaron al rey de Francia, en su calidad de «vicario de Imperio», los obispados de Toul, Verdún y Metz, que de hecho pasaron a ser de soberanía francesa. Para salvar la religión reformada—y los bienes secularizados—los príncipes protestantes entregaron tres ciudades germánicas al sucesor de aquel Francisco I que tan reciamente había combatido al Emperador. Esa subordinación del interés nacional (una palabra que no se pronunciaba aún en aquel tiempo) a la ideología no deja de tener analogía con el razonamiento de un Lenin exponiendo después de Brest-Litvosk que los sacri-

ficios a los que se resignaba habían de ser aceptados, puesto que permitían el triunfo de la revolución. El cálculo de los hugonotes era exacto, por lo demás. El fracaso de Carlos V ante Metz condujo al viejo Emperador a abandonar una carga demasiado pesada y a abdicar. Su hermano Fernando, el alumno del Rey Católico, comprendía que era preciso hacer concesiones a los protestantes y a su aliado francés para que la paz volviera en el Imperio. En tanto que la paz de Augsburgo admitía el cisma en Alemania, el Emperador renunciaba a reconquistar los tres obispados. El Habsburgo de Viena no trató de reconquistar sus ciudades perdidas cuando la guerra volvió a encenderse entre Enrique II y Felipe II. No se aprovechó tampoco de las guerras de religión francesas. De la tregua de Vaucelles (1556) a la intervención francesa en la guerra de los Treinta Años (1635) de nuevo nos hallamos ante un largo período de paz: ochenta años.

Bien es verdad que a partir de la subida al trono de Francia de Enrique IV, una cierta tensión reapareció entre París y Viena. El antiguo convertido no inspiraba una confianza absoluta a los católicos. Su manera de estrechar la vieja alianza con los protestantes alemanes suscitaba en aquéllos motivos de inquietud. En el momento en que la Contrarreforma católica partía con vigor al asalto de los territorios cismáticos, era curioso ver al Rey Muy Cristiano hacerle el juego a los protestantes del Imperio. ¿Sólo obedecía el bearnés a motivos políticos? Es muy posible. Pero se disponía a llevar la guerra más allá del Rin, con motivo de la cuestión de Cleves y de Juliers, cuando Ravailac lo asesinó. Ese asesinato político, del que nunca se descubrieron los instigadores—tal vez porque existía el temor de tener que culpar a personajes situados a demasiada altura—aplazó la crisis europea. La minoría del nuevo rey vedaba a Francia lanzarse en aventuras. El partido católico predicaba la reconciliación con los Habsburgo de Madrid y de Viena. Se hizo oír a medias. Cuando la guerra de los Treinta Años enzarzó de nuevo a los católicos y a los hugonotes alemanes, al Emperador y a los príncipes protestantes, los franceses dejaron los ejércitos católicos aplastar al Elector palatino y a los rebeldes de Bohemia. Incluso se aplaudió ante esa victoria de la Contrarreforma. Hubo que esperar la llegada al poder del Cardenal de Richelieu para que la política de grandeza de los Borbones tuviera paradójicamente más fuerza que los intereses de la Europa católica.

Con todo, hay que cuidarse de interpretar las concepciones de Richelieu

sin cometer un anacronismo. Es curioso anotar que un historiador nacionalista francés, Bainville, y que un alemán, el profesor Grimm, presten a Richelieu—uno para alabarlo, el otro para reprochárselo—el propósito de haber querido que resultara imposible la unidad alemana. Richelieu, en suma, había impedido que los Habsburgo realizaran lo que más tarde había de hacer Bismarck. Pero los documentos son menos afirmativos. El gran Cardenal sentía una hostilidad declarada no contra Alemania, sino contra la Casa de Habsburgo, y antes se proponía poner fin a la prepotencia española que impedir nacer a la nación alemana. La sincronización política entre Madrid y Viena constituía evidentemente para Francia un peligro análogo al del Imperio de Carlos V de antaño. Si Fernando II hubiera conseguido hacer del viejo Imperio un Estado fuertemente organizado bajo la dirección del Emperador, la potencia de la Casa de Austria hubiese resultado singularmente reforzada. Pero al mismo tiempo la Alemania de los príncipes amigos de Francia se hubiera derrumbado. ¿Podía dejar Luis XIII que sus aliados y sus clientes se sometieran a una potencia hostil en nombre de los intereses de la Iglesia? Tal fué el caso de conciencia que se les planteó a los hombres de Estado franceses. Dieron al mismo respuestas diversas. Luynes había dejado actuar al Emperador. Richelieu se esforzó en tener en jaque a los Habsburgo sin mezclar a Francia en el conflicto, lanzando hacia Alemania a Gustavo Adolfo y sus suecos. Pero cuando la intervención española inclinó la balanza del lado del Emperador, se decidió a intervenir directamente. Esta política de egoísmo sagrado suscitó muchas iras e indignaciones en Francia, donde el Cardenal fué combatido no sólo por las reinas y por los Grandes, sino por el partido católico, que deploraba que los intereses católicos fueran sacrificados a la grandeza del rey.

Pese a una oposición incrementada por los principios desafortunados de la guerra, Francia logró grandes ventajas. Sus ejércitos pudieron expulsar al Duque de Lorena de su capital y ocupar la mayor parte de Alsacia. La penetración de los franceses en esta provincia no representaba en modo alguna para el Cardenal la recuperación de una provincia en tiempos arrebatada a Francia por un enemigo injusto. Era, sencillamente, la ocupación de una posición cómoda que permitía entrar en el Imperio, una «puerta abierta», decía. Desde allí, los ejércitos reales podían pasar para apoyar a sus aliados suecos y alemanes. A este título, la conquista era valiosa.

¿Qué hubiera hecho con ella Richelieu? No se sabe exactamente. Su

muerte y la de Luis XIII entregaban el poder a un hombre de Estado extranjero, de talento cierto, pero distinto de su terrible predecesor. El agotamiento del Imperio forzaba al Habsburgo de Viena a hacer una paz separada. Mazarino lo aprovechó para hacer triunfar el principio de las «libertades germánicas». Es decir, mantener una Alemania dividida, donde el Emperador no podía hacerse obedecer. No creaba una nueva situación que respondiera a los deseos de los príncipes, sus aliados, ni a los de los buenos burgueses de las ciudades. La mantenía y la agravaba colocando la vieja anarquía bajo la garantía de los vencedores: los reyes de Francia y de Suecia.

Tal cual era, la paz de Westfalia resolvió por largo tiempo la cuestión del Imperio. Pero planteaba una que había de gravitar sobre el destino de los dos países vecinos: la de Alsacia. Los negociadores habían luchado encarnizadamente para resolverla en la oscuridad. Los diplomáticos imperiales trataban de reservarse derechos para el futuro y los franceses querían arrogarse el medio de intervenir cuando quisieran en los asuntos alemanes. De consiguiente, por ambas partes se guardaron de declarar que Alsacia pasaba a ser francesa. El Habsburgo cedió sus derechos de señorío al Borbón. Pero quedaban tierras pertenecientes a príncipes alemanes, como el Duque de Wurtemberg y el Duque de Deux Ponts. En fin, el rey de Francia, en cuanto señor de Alsacia, tenía derecho a un escaño en la Dieta germánica desde podría mover más fácilmente a sus clientes.

Porque después del tratado de Westfalia, la influencia francesa se acrecentó en una Alemania arruinada y que sólo aspiraba a la paz. Si Mazarino no logró descartar la candidatura al Imperio de Leopoldo de Habsburgo, hijo de Fernando III, consiguió concluir numerosas alianzas, tanto con los príncipes-obispos renanos y los muy católicos electores de Baviera como con los protestantes: las «ententes» no eran gratuitas. El «gran rey» pensionaba a los príncipes alemanes con indiscutible generosidad. Incluso testimoniaba su amistad hacia el Imperio enviando un cuerpo expedicionario de 6.000 hombres para que se uniera al ejército imperial que derrotó a los turcos en Saint-Gothard. Pero no tardó en llamar sus tropas, con las cuales—decía—no se tenían bastantes atenciones.

Ese breve período de colaboración fué seguido por un período confuso en que los príncipes oscilaban entre la paz—suavizada por las pensiones del rey de Francia—y la guerra. El golpe de fuerza que permitió a Louvois poner en fuga al Duque de Lorena, Carlos IV, y ocupar su

ducado hirió hondamente a los alemanes. Su intento de conquista en Flandes, su guerra contra las Provincias Unidas preocuparon la opinión. El Gran Elector de Brandeburgo fué el primero en sacar la espada en favor de los hugonotes holandeses, sus correligionarios. Los demás príncipes y el mismo Emperador se unieron a la coalición europea que se opuso al castigo de las Provincias Unidas. Tan sólo el Elector de Baviera permaneció fiel a Francia. Sin embargo, después de las victorias francesas y de la paz de Nimega todo pareció ponerse de nuevo en orden. Los príncipes alemanes, incluso el buen hugonote de Brandeburgo, se volvieron otra vez hacia el Gran Rey distribuidor de subsidios. Este se avenía a pagar a sus aliados, pero en contrapartida les pedía su voto caso de que se presentara a una elección imperial.

Por una extraña inconsecuencia, Luis XIV iba a exasperar a los alemanes, al aprovecharse de sus luchas contra los turcos en la región danubiana para arreglar unilateralmente el problema fronterizo. Las anexionaciones de tierras imperiales por Francia en virtud de decisiones adoptadas por la Corte de Colmar, la conquista—en plena paz—de la ciudad de Estrasburgo, que había favorecido en tiempos de la guerra de Holanda la invasión de Alsacia por las tropas brandeburguesas, parecieron retos intolerables. En ese clima ya tenso, la revocación del Edicto de Nantes y las persecuciones contra los protestantes que intentaban abandonar Francia, levantaron la indignación de los príncipes protestantes.

Los emigrados hugonotes tenían contra Luis XIV el odio que tienen habitualmente los perseguidos hacia el poder de quien tienen motivos de queja. El Borbón era para esos lectores de la Biblia un Sardanapalo o un Baltazar. Su intérprete, el pastor Jurieu, lo denunciaba a sus hermanos extranjeros y llamaba a las armas a los pueblos de religión reformada. Estos no permanecieron insensibles a tales llamamientos. Bastante poco emocionados hasta entonces por las usurpaciones del Gran Rey, o dejándose fácilmente adormecer por los halagos y el oro de Versalles, acabaron por asociarse con los enemigos de Luis XIV, tanto más cuanto que los subsidios de Guillermo de Orange, convertido en rey de Inglaterra, venían a sustituir en su presupuesto los del Nerón francés.

Un sentimiento de hostilidad se desarrolló entonces respecto al soberano francés, cuyas usurpaciones en perjuicio del Imperio parecieron desde entonces inaguantables. Así perdía el rey de Francia la ventaja secular de presentarse como el protector de las libertades germánicas y de hallar a numerosos alemanes que apelarán a él contra el Emperador.

Cuando el representante del Elector de Colonia en Viena decía que más valía entenderse con los otomanos que con Luis XIV, traducía con crudeza el trastorno que se había producido en la opinión alemana con relación a su poderoso vecino. Las destrucciones sistemáticas de los ejércitos de Louvois en el Palatinado, cuando estalló la guerra, y los excesos de la soldadesca de Melac acabaron de exasperar a los alemanes. Por vez primera, la guerra de la Liga de Augsburgo hizo aparecer sentimientos de odio nacional.

Sin embargo, Francia era tan poderosa que hizo frente a la coalición europea. Pero el tratado de Dyswick señalaba el término de su apogeo. Luis XIV hubo de aceptar una serie de compromisos y devolver algunas de sus conquistas al Emperador y a sus príncipes renanos. Incluso a este precio no logró apaciguar los rencores alemanes. Cuando, años más tarde, la sucesión de España inició una nueva guerra en Europa, la mayor parte de los príncipes alemanes siguieron al Emperador, opuesto a los Borbones por motivos puramente dinásticos. Sólo el Elector de Baviera y su hermano, el Elector de Colonia, se colocaron al lado del francés y vieron sus Estados invadidos por el ejército anglo-imperial. Poco faltó para que la misma Francia sucumbiera ante la coalición. La salvó un cambio de Gobierno en Inglaterra. La victoria de Denain y las amplias concesiones que Luis XIV hizo a sus aliados—en perjuicio de la herencia española—permitieron, sin embargo, que el anciano rey escapara al desastre que le había amenazado.

Los adversarios salían agotados de la lucha. Trataron de volver a las buenas relaciones de antaño. Ya el 3 de enero de 1715, Luis XIV encomendaba a su embajador en Viena la misión de negociar un acercamiento con el Emperador «para el bien general de la Cristiandad y para la ventaja de la religión». La prepotencia que había adquirido Inglaterra a favor de las dos grandes guerras europeas inspiraba al anciano rey la idea de establecer una alianza continental para hacer contrapeso a aquélla. Su muerte impidió que este intento fuera llevado a buen término.

Pero la situación evolucionaba en Alemania. Las querellas religiosas habían perdido mucho de su intensidad. Se veía sin escándalo cómo el Elector de Sajonia, Augusto el Fuerte, se pasaba del luteranismo al catolicismo para ser elegido rey de Polonia. El peligro turco, que había estorbado a los Habsburgo en su lucha contra los Valois y los Borbo-

nes, disminuía. En fin, apuntaba una nueva potencia, la de los Electores de Brandeburgo, que se habían aprovechado de la guerra de sucesión de España para hacerse conceder el título real para Prusia. Un extraño personaje, el «rey sargento», Federico Guillermo I, constituía un fuerte ejército y un copioso tesoro, sin atreverse a servirse de los mismos. Pero su hijo, Federico II, iba a jugar con ellos y hacer de los Hohenzollern los rivales de los Habsburgos.

En ese conflicto, ¿debía Francia permanecer neutral o apoyar a uno de los dos adversarios? Esta pregunta se formulaba en Versalles. La influencia francesa en Alemania era entonces inmensa. Los príncipes imitaban al rey de Francia y trataban de tener una corte brillante como la suya. La buena sociedad remedaba las costumbres de París. Era de buen tono vestirse, hablar y comer a la moda de Francia. Del otro lado del Rin venían los preceptores, los peluqueros y los cocineros. La literatura francesa imperaba. Los escritores alemanes imitaban a los clásicos franceses del Gran Siglo. Los soberanos mandaban construir palacios a la moda de Versalles, apelaban a los espíritus selectos para sus academias. Potsdam se enriquecía con deliciosos Watteau. Y Federico II, el héroe alemán del siglo, presumía de no escribir más que en francés, «el alemán no valiendo más que para los osos».

Sin embargo, fué precisamente en el momento en que la influencia francesa jamás había sido tan fuerte en el plano de las ideas y de las costumbres cuando empezó a declinar en el ámbito político. Los hombres de Estado de Versalles se enfrentaban con el problema del equilibrio alemán. El anciano Emperador Carlos VI había muerto sin hijos, después de que por buenas componendas había sido reconocida como heredera su hija María Teresa. Pero en tanto que Federico II invadía la Silesia, los electores se preguntaban si debían designar en cuanto sucesor del Emperador difunto a su yerno Francisco de Lorena o tomar a un soberano fuera de la Casa de Habsburgo. Luis XV opinaba que no había que mezclarse en el conflicto austro-prusiano. Pero muchos políticos franceses pensaban que habían que seguir la tradición de Richelieu y proseguir la lucha contra la Casa de Austria. Sin tomar en cuenta que los Habsburgo no representaban un peligro ni para Francia ni para las «libertades» germánicas, se dejaban llevar por el concepto perezoso de la lucha contra los enemigos tradicionales de Francia. De hacerles caso, pues, había que ayudar al rey de Prusia a rebajar a los Habsburgo y hacer para que la corona imperial fuera dada a un amigo de Francia, al Elector de

Baviera. Vencieron. La elección del bávaro Carlos VII para el Imperio y la conquista de Praga por el ejército francés parecían ser el triunfo de la política tradicional francesa. De hecho, trabajaban para el rey de Prusia. Las sucesivas defecciones de éste y la reacción de María Teresa, apoyada por los ingleses, hicieron que la guerra se prolongara durante mucho tiempo, hasta terminar con la paz blanca de Aix-la-Chapelle. El esposo de María Teresa, Francisco de Lorena, al suceder al efímero Carlos VII, devolvía la dignidad imperial a la Casa de Habsburgo. Pero Federico II guardaba Silesia. Su éxito señalaba los progresos de Prusia, que en adelante había de amenazar el viejo equilibrio germánico.

¿Tenía razón Francia al sostener a ese Estado joven y ambicioso en su asalto contra un *statu quo* tan conveniente para ella? Algunos lo pensaban. Sabiéndolo María Teresa, propuso a Luis XV una reconciliación contra el rey de Prusia. Pero el Borbón permaneció fiel a su aliado cuando éste lo abandonó para entenderse con Inglaterra, la cual, antes de reanudar la lucha contra Francia para el dominio de los mares, quería tener la seguridad de contar con un soldado en el continente para defender el Hannover, posesión personal del rey Jorge III. De ahí que Luis XV tuviera que aceptar la alianza austríaca. Después de haber querido trastornar el orden alemán, se convertía en su defensor. Ese trastorno de las alianzas correspondía probablemente a los intereses profundos de Francia. Pero era impopular. Los «filósofos» franceses, ante todo anticlericales y con frecuencia anticristianos, estaban seducidos por el Hohenzollern, que se las daba con ellos de rey filósofo. Su corazón iba hacia la Alemania protestante, en la que veían un factor de progreso contra Austria, católica y conservadora. Cuando estalló la guerra, se asistió al extraordinario espectáculo de un Voltaire que enviaba sus felicitaciones al rey de Prusia, vencedor de los franceses y de sus aliados alemanes en Rossbach, sin ser objeto de diligencias judiciales. Cuando concluyó la guerra continental, con una nueva paz blanca—merced a la intervención de Rusia, que salvó a Federico—, en tanto que la guerra en la mar terminaba con el triunfo de la Inglaterra de Pitt, el partido «de las luces» pudo cargar el acento en el resultado nefasto de la alianza austríaca. Y muchos franceses así lo creyeron. Mientras que la Corte de Versalles permanecía fiel a su alianza con la de Viena, la opinión pública, dirigida por el clan de los filósofos, no cejaba en su vieja enemistad contra los Habsburgo. Pero la querrela se centraba en la elección de los aliados. En vano se buscarían advertencias relativas al peligro alemán entre los franceses de aquella época. Asimismo, aun cuando los jóvenes escritores

alemanes predicaban una liberación de la servil imitación del clasicismo francés, no se encuentra en sus escritos una hostilidad sistemática contra Francia. Es con la Revolución francesa y las guerras que desencadenó cuando había de nacer—con el nacionalismo—la hostilidad entre los pueblos que separa el Rin.

III.—LA ÉPOCA DE LAS GUERRAS NACIONALES

Sin embargo, la Revolución había sido acogida con agrado por la burguesía alemana. Las sonoras palabras de Libertad y de Fraternidad conmovían a gente sensible al ejemplo de París. Si Kant manifestó su emoción ante la noticia del 14 de julio, intelectuales de menor envergadura iban a visitar «... al país de la libertad» y dirigían a sus compatriotas unos relatos entusiastas.

Por su parte, los constituyentes franceses se mostraban muy pacíficos y condenaban solemnemente las conquistas. Los políticos, cuales el viejo canciller Kaunitz, se felicitaban al ver disturbios internos que «en el futuro desviarían la energía de la formidable monarquía de las empresas extranjeras». Pero a medida que la Revolución francesa rebajaba la monarquía, la inquietud del Emperador y de los príncipes alemanes se acrecentó. ¿Podía consentirse que se estableciese en París un foco de subversión? Los emigrados, cada vez más numerosos, se instalaban a orillas del Rin, predicaban la cruzada antirrevolucionaria y constituían ellos mismos un pequeño ejército que proclamaba su deseo de ir a salvar a Luis XVI. Instaban, sin gran éxito, a los príncipes alemanes a la cruzada monárquica. Pero el alboroto que armaban indignaba a los hombres de Estado francés y daba un arma a los agitadores revolucionarios contra la Corte y el partido austríaco dirigido—según decían—por María Antonieta.

Los teóricos de la izquierda revolucionaria como Brissot, repitiendo la tesis de los escritores prusófilos de la guerra de los Siete Años, pedían a voz en cuello que se rompiera la alianza con los Habsburgo y que se reanudara la lucha contra la Casa de Austria. En la Corte, los partidarios de la política de lo peor los apoyaban, con la esperanza de que una guerra perdida permitiría devolver al rey sus prerrogativas. Así se constituyó un potente partido de la guerra que arrastró al país, pese a las advertencias de Robespierre, que veía en un conflicto una vía que llevaba a la dictadura militar. Pero «el incorruptible» no fué oído y la Asamblea Legislativa, al votar la decla-

ración de guerra al «rey de Bohemia y de Hungría», desencadenó las inmensas fuerzas que iban a asolar a Europa. La fórmula adoptada por los diputados franceses ponía de manifiesto que en París aún se confiaba en evitar la guerra con Alemania. Francia, se pensaba, encontraría en ese país la comprensión y acaso la alianza del rey de Prusia, Federico-Guillermo, y de los príncipes protestantes secundarios. Esa esperanza no se fundaba en nada. La solidaridad monárquica iba a agrupar en torno al Emperador a la mayor parte de los príncipes alemanes. Algunos de éstos hablaban de recobrar provincias—como Alsacia—arrebataadas antaño al mundo germánico.

El ejército prusiano se puso en marcha e invadió Francia por su frontera oriental en tanto que los austríacos penetraban en el Norte. Francia tenía que defender su propio suelo invadido con un ejército desmantelado por la emigración. Los reveses que sufrió ese ejército determinaron los *sans-culottes* a derrocar al rey, al que acusaban de pactar con el enemigo. Los soberanos alemanes, que sólo habían emprendido su cruzada monárquica con un celo moderado, se pusieron a la defensiva después del fracaso prusiano de Valmy. Pero, embriagados por su éxito, los franceses invadieron los Estados eclesiásticos renanos. Si liberales cosmopolitas, cual Juan Jorge Forster, los acogieron con agrado, la mayor parte de la población, que los había recibido sin odio, se cansó pronto de su presencia y de sus requisas. Pero la Convención, compuesta en su mayor parte por revolucionarios elegidos por los violentos, merced a la abstención de los moderados, atemorizados por las matanzas de septiembre, adoptaba una actitud diametralmente opuesta al pacifismo de la Constituyente. Proclamando que estaba dispuesta a conceder «fraternidad y socorro a todos los pueblos que quisieran recobrar su libertad», en nombre de la teoría de las «fronteras nacionales», se preparaba para anexionar las provincias que la separaban del Rin y de los Alpes. Algunos republicanos renanos proporcionaron los comparsas necesarios para la consulta popular, después de lo cual se acordó la anexión.

Esta operación, que se llevó a cabo en el momento en que el proceso y la ejecución de Luis XVI escandalizaban a Europa, causó gran indignación en Alemania. La Dieta de Imperio declaró la guerra. Renania fué reconquistada por los prusianos que Danton, fiel al pensamiento de la izquierda francesa, en vano había tratado de volverse a ganar. Para restablecer la situación, el Comité de Salvación Pública tuvo que recurrir al terror contra sus enemigos del interior y a la leva en masa contra el extranjero. Sus ejércitos, que tenían la ventaja del número y de un patriotismo fanático, recobraron la ventaja frente a los soldados profesionales de los reyes. La suerte

de Francia fue tenerse que batir a la desesperada contra adversarios a los que frenaban muchas segundas intenciones. Prusia se interesaba más por los asuntos de Polonia que por los de Francia. Ello no le impedía lanzar todas sus fuerzas en el frente occidental. A finales de 1794 entró en negociaciones secretas con Francia. Al año siguiente, la paz de Bale fué concluída. Dejaba a los franceses la orilla izquierda del Rin mediante compensaciones por tomar en otras regiones. Este mercado señalaba la reconciliación de Berlín y de París, en tanto que la guerra franco-austríaca se continuaba. Caso de ser derrotado el Emperador, el rey de Prusia podía tomar la dirección de Alemania.

Bien es verdad que Austria se defendía con coraje. El genio de Bonaparte la había constreñido a tratar. Pero una vez que el general corso marchara a Egipto, la guerra se había reanudado con el apoyo ruso. De nuevo la coalición organizada por Inglaterra había estado a punto de vencer. La victoria de Massena en Zurich había salvado a la República del peligro. Pero el país, cansado de una guerra demasiado larga y deseoso de paz, se había arrojado en los brazos de Napoleón Bonaparte, al que creía ser el único capaz de imponer esa paz. De hecho, después de Marengo, éste había podido restablecer la paz, pero por poco tiempo. Después de su ruptura con Francia, Inglaterra había fomentado una nueva coalición. Austria, que había acudido en su socorro, había sido aplastada en Austerlitz; más tarde, Prusia, al sentir que Alemania estaba en peligro, había salido a la palestra para ser vencida en Iena. Entonces Napoleón dominó a Alemania, de la que ocupaba parte del territorio. La retocó a su antojo. Rebajando a Austria, mutilando a Prusia, suprimiendo el viejo imperio germánico, extendió, por el contrario, los territorios de sus aliados hasta la Confederación del Rin. El rey de Sajonia, el rey de Baviera—que le debía su título real—, el rey de Wurtemberg, su hermano Jerónimo, convertido en rey de una Westfalia constituida con los despojos de la Prusia occidental y del Hanover, eran los clientes del Emperador de los franceses. Sus tropas combatían contra los austríacos o en la península ibérica. Cuando, después de Wagram, el Habsburgo trató y dió a su hija por esposa al antiguo oficial corso, pareció que éste había conseguido avasallar a Alemania.

Pero, más allá de estas apariencias se diseñaba una nueva realidad: humillados, sometidos a los vejámenes de la ocupación militar de los vencedores, aplastados bajo enormes contribuciones de guerra, estorbados en su comercio por el bloqueo continental, los alemanes sentían bullir en ellos el odio del «Welche». Cesara la fortuna de favorecer a Napoleón, perdiérase

su ejército en los hielos rusos, y una explosión de furor nacional iba a alzar contra él a los militares y a los intelectuales alemanes, y más tarde a los soberanos que habían tratado de contemporizar. Los prusianos, los más humillados después de Iena, iban a ser los más encarnizados en tomarse la revancha. Blücher, el vencedor de Waterloo con Wellington, encarna el ardor prusiano por abatir a Napoleón. Pero el viejo zorro también reclamaba el retorno de Alsacia a Alemania, y constantes medidas de vigilancia contra Francia. La moderación del tratado de Viena lo decepcionó.

Un foso se había abierto entre Francia y Alemania. Ambas naciones habían conocido los horrores de la invasión, la amargura de la ocupación militar, los excesos de los soldados. Sus pueblos no podían olvidarlo. Al volver la paz, la desconfianza permaneció.

De ello resultó un estado de espíritu complejo. Algunos liberales, como Heine, seguían mostrándose francófilos y vibraban por las revoluciones parisinas. En la misma Francia, el romanticismo hacía que se admirase a la «soñadora Germania». Desde Mme. de Staël, la élite francesa concedía una gran consideración al pueblo alemán, honesto, trabajador, amante de la cultura y de las artes. Hugo, en su *Rin* o sus *Burgraves*; Lamartine, Michelet, Quinet, expresaban su amistad admirativa por el pueblo vecino. Pero, al mismo tiempo, la leyenda napoleónica llevaba a soñar con la revancha. La izquierda profesaba que había que romper los tratados de 1815. La idea de nuevas guerras no desagradaba.

Cuando, bajo Luis Felipe, estalló la crisis egipcia, en la que se enfrentaban Inglaterra y Francia, por ambas partes se puso de manifiesto una efervescencia belicosa señalada por las invectivas de los poetas. Signo de los tiempos: en tanto que hasta la Revolución las guerras habían sido asunto de los Estados, los pueblos se dejaban arrastrar por la pasión y eran los jefes de Estado quienes conservaban la cabeza fría. Pero los pueblos no se lo agradecían. Luis Felipe, el «Napoleón de la paz», como lo motejaba irónicamente Heine, vio menguar con ello parte de su popularidad. Años más tarde, según la predicción del Duque de Orleans a su padre, el rey de los franceses perdía su corona en el arroyo de la calle de Saint-Denis, por no haberla querido arriesgar en el Rin.

No obstante, ni la II República ni el II Imperio adoptaron una posición antialemana. Por su parte, las cortes alemanas tenían demasiado que hacer resistiendo al empuje nacional-liberal de sus súbditos para mezclarse en los asuntos internos franceses. Napoleón III, que presumía de ser el albacea de su tío, se proponía destruir el estatuto de 1815. Era favorable a la unidad ita-

liana y a la unidad alemana, pero al mismo tiempo trataba de alcanzar las fronteras naturales de los Alpes y del Rin. Para ello tenía que enfrentarse con Austria, garante de la división de Alemania y de Italia. Correspondía, pues, a la política austrófoba, que reflejaba los deseos de los liberales franceses, esforzarse en modificar aquel *statu quo*. Pero, después de los primeros éxitos franceses, la guerra de Italia había inquietado a los soberanos alemanes, incluido el rey de Prusia. La perspectiva de una salida a la palestra de éstos determinó a Napoleón III a aceptar una paz de compromiso que permitía crecer al Piamonte, pero sin «liberar Italia hasta el Adriático», como había prometido el Emperador. Bajo cuerda, el soberano francés siguió sosteniendo el movimiento unitario italiano. Así fué como favoreció la alianza pruso-italiana, que después de Sadowa dió la Venecia a Víctor Manuel. De primera intención, Sadowa pareció ser para los franceses un éxito de su política. Las potencias liberales triunfaban del oscurantismo austríaco. Algunos pusieron banderas y colgaduras. Sólo un poco más tarde descubrieron el peligro que constituía una Prusia militarizada y dirigida por un hombre de Estado excepcional: Bismarck.

El partido católico y conservador francés deploraba, por el contrario, la derrota austríaca. El equilibrio alemán corría el riesgo de quedar roto con ventajas para Prusia, pensaban sus jefes. Por tanto, había que llevar tropas al Rin y proponer la mediación francesa. Pero la presión de los liberales y el carácter vacilante de Napoleón III hicieron fracasar este plan. Bismarck pudo imponer su paz a los vencidos. El Habsburgo quedaba expulsado de Alemania, en que Prusia se convertía en potencia dominante merced a sus acuerdos con los príncipes de la Confederación de la Alemania del Norte y a sus alianzas con los soberanos del Sur. Francia debía aceptar los hechos consumados. Pero Napoleón III, atacado por la oposición, quiso restablecer su prestigio obteniendo una compensación territorial. Bismarck, que probablemente la hubiera concedido mucho antes de la guerra para obtener su neutralidad, se negó a darle su «propina». Pero se percató de que las exigencias francesas, presentadas por él como una prueba de la hostilidad de Francia respecto a Alemania, podrían determinar el movimiento de solidaridad germánica que le permitiría rematar la unidad. Francia, consciente de su inferioridad militar, rearmaba; buscaba aliados en Italia y Austria, pero la oposición entorpecía su esfuerzo. La prudencia hubiera aconsejado que temporizara. La candidatura de Leopoldo de Hohenzollern al trono de España hizo temer a los hombres de Estado francés la reconstitución del Imperio de Carlos V. Aunque habían conseguido del rey Guillermo que el

príncipe alemán retirara su candidatura, solicitaron nuevas garantías. El «despacho de Ems», que refería sin matices la negativa de Guillermo I, acabó de hacerle perder la cabeza a Emile Ollivier. Francia declaró la guerra y se hizo aplastar.

«¡Los ejércitos del Imperio están derrotados!», se exclamaban ciertos republicanos franceses. Después de Sedan, derrocado el régimen bonapartista, esperaban obtener de los alemanes un tratado de paz honorable. Pero las gestiones de Jules Favre en favor de la paz tropezaban con condiciones severas. El Estado Mayor prusiano quería reforzar su línea de defensa y exigía la cesión de Alsacia. Los Vosgos debían sustituir al Rin en cuanto frontera. Bismarck esta vez no rechazaba la pretensión de los militares como había rechazado sus peticiones de anexión de territorios después de Sadowa. Pensaba que a punto de realizarse la unidad alemana, el retorno de Alsacia a Alemania como territorio común debía sellar el entendimiento de los «países» alemanes que contaba agrupar en torno a Prusia. El gobierno provisional francés se negó, y confiando en las virtudes de la leva en masa, prosiguió la lucha. Provocó así la extensión de la marejada alemana. Nuevas provincias conocieron el drama de la invasión, en tanto que París, sitiado y bombardeado, había de sucumbir una vez fracasados los intentos de salida. El Gobierno provisional tuvo, pues, que aceptar las condiciones de Bismarck, agravadas por éste. Alsacia volvía a Alemania después de dos siglos de dominación francesa. Pero esos dos siglos habían sido suficientes para que se afrancesara. En la Asamblea de Burdeos, los diputados alsacianos y los de Lorena anexionada protestaron solemnemente. Lo que se les antojaba a los alemanes la reparación de una lejana injusticia, se impuso a los franceses como una monstruosa iniquidad. Este sentimiento, junto con el de la humillación de la derrota—particularmente sensible para una generación patrioter—, había de impedir la reconciliación que Bismarck esperaba y que en parte aceptaban muchos hombres de Estado francés.

Después de la proclamación en Versalles del Imperio alemán, Bismarck estimaba que había cumplido su misión. Había logrado la unidad bajo la dirección de Prusia. Alemania tenía una especie de primacía en Europa. Por tanto, se tornaba conservadora. El orden establecido no tenía por qué ser cambiado. Ese realista sabía, aunque fuera vencedor, moderar sus aspiraciones. Había conseguido el apoyo ruso que había hecho posible sus éxitos. Había sabido reconciliarse con Austria. Ciertamente es que ésta, antes de la guerra, había esbozado una alianza con Francia, pero sin llegar a nada definitivo. La acción precipitada de Francia le había permitido refugiarse

en una prudente neutralidad. Después de Sedan, Francisco José abandonando toda idea de revancha, iba a aproximarse a los otros dos emperadores, dejando a Francia entregada a sus luchas intestinas.

Aislada, Francia no podía constituir un peligro para el Imperio alemán de no pasar mucho tiempo. Por este motivo, Bismarck adoptó respecto a ella una actitud comprensiva. En primer lugar, ayudó a Thiers a aplastar la Comuna, liberando a los prisioneros franceses que habían de servir para restablecer la autoridad de Versalles sobre París. El interés de Alemania implicaba por otra parte no dejar que se desarrollara en Francia un movimiento revolucionario que hubiera podido contaminar a los países vecinos. Más tarde, al instaurarse la República, lo que no dejó de provocar en él cierta satisfacción, ya que pensaba que ese régimen, al dividir a los franceses, los tornaría menos peligrosos, ofreció su apoyo a los hombres de Estado de París para que llevaran a bien su política colonial.

«Renuncien a la cuestión del Rin y les ayudaré a conquistar en otros lugares las satisfacciones que puedan desear», decía al embajador Courcel. En cambio, cualquier signo de renacimiento militar francés lo preocupaba y le hacía adoptar un tono amenazador, como en el transcurso de la crisis de 1875, y más tarde en la época del «boulangismo». Alemania no admitía que se tocara a su paz. En contrapartida, admitía que Francia buscara compensaciones en otros sitios. Bismarck acuciaba a los hombres de Estado de París a la expansión colonial, de la que Jules Ferry fué el principal protagonista. Como Gambetta, que había dicho respecto a Alsacia-Lorena que había que «pensar siempre en ello y no hablar nunca de ello», Ferry renunciaba temporalmente a la cuestión de Alsacia para incrementar en otros puntos las fuerzas de Francia. Mandaba contestar al canciller que era preciso «sustituir en las relaciones entre Francia y Alemania la política del sentimiento y del resentimiento por la de los intereses». Ciertamente es que la política colonial tenía el inconveniente de oponer Francia a Inglaterra y —en lo que respecta a Tunicia— a Italia, lo cual acentuaba su aislamiento. Sin duda, Bismarck contaba con ello. Pero la expansión colonial contribuyó a restablecer el prestigio francés, a devolver la confianza a su pueblo y, en fin, a satisfacer los intereses de la gran burguesía a la que Ferry representaba. Ferry aceptaba, pues, el apoyo alemán. Incluso lo solicitaba. No obstante su caída bajo los ataques de Clemenceau, su política subsistió. El embajador francés en Berlín, Herbette, pedía a Herbert von Bismarck, en nombre del presidente del Consejo Freycinet, que apoyara a Francia contra Inglaterra en el Mediterráneo. «Los servicios que Alemania nos ha prestado

durante los pasados años en el asunto tunecino y en otras cuestiones coloniales sólo son conocidos por los iniciados. El gran público, informado por una prensa nefasta, cree que Bismarck, al empujarnos por el camino de la política colonial, tenía el plan siniestro de crearnos complicaciones de todo tipo. Ha llegado el momento de explicar a Francia las intenciones reales de la política alemana, que ciertamente no se opone a nuestros intereses mediterráneos.» La idea de la revancha estaba pasada de moda, afirmaba. Sólo enredadores como Déroulède se empeñaban en ella. La meta de Francia era forzar Inglaterra a evacuar Egipto, «una política francesa que tuviera ese objetivo tendría una inmensa popularidad—agregaba—. Los ingleses son mucho más detestados en nuestro país de lo que nunca lo han sido los alemanes».

Estos primeros pasos fueron friamente acogidos por Bismarck, que no quería reñir con Inglaterra. La caída de Jules Ferry, en medio del desencadenamiento de las pasiones antialemanas, le había mostrado las dificultades de un acercamiento duradero con Francia. No podía correr el riesgo de enturbiar sus relaciones con un Gobierno amigo para que un sucesor de Freycinet rompiera un acuerdo comprado a un precio tan elevado.

Poco después, el general Boulanger llegaba al Ministerio de la Guerra y gozaba pronto de una extraordinaria popularidad. Bismarck se inquietó por esta ola nacionalista y, cambiando de táctica, jugó a la intimidación.

«Entre nosotros y Francia—declaró en el Reichstag—la paz resulta difícil por el hecho de que un largo proceso histórico divide a los dos países...

»En ningún caso atacaremos a Francia. Asimismo, muchos franceses tampoco quieren atacarnos. Pero en los momentos críticos, Francia ha sido siempre guiada por enérgicas minorías. Hay en Francia hombres que buscan la guerra con Alemania y cuya meta es «mantener el fuego sagrado de la revancha». El Gobierno francés es pacífico. MM. Goblet y Flourens desean la paz, como la deseaban los Gobiernos de Freycinet y Ferry. Pero la duración de los ministerios es limitada y debemos esperarnos a ser atacados por Francia, lo mismo acaso dentro de tres días como dentro de diez años; es una cuestión que no puedo resolver.

»Cada día, es posible que llegue al poder un Gobierno francés cuya política sería precisamente vivir en razón de ese fuego sagrado que en la actualidad se conserva cuidadosamente bajo las cenizas. A este respecto, ninguna seguridad, ningún discurso y ninguna refórica pueden tranquilizar-me completamente...»

Una vez desarrolladas estas consideraciones generales, Bismarck planteaba brutalmente la cuestión que lo inquietaba:

«Si Napoleón III emprendió la campaña de 1870 contra nosotros..., es por estar convencido que hubiera reforzado así su Gobierno en el interior... ¿Por qué el general Boulanger, por ejemplo, no intentaría, al llegar al poder, hacer otro tanto?»

El tono del canciller preocupó a los hombres de Estado franceses, que recurrieron a Rusia para retener a Alemania en la pendiente de la guerra. El incidente de frontera, llamado el «asunto Schnaebelé», que se produjo poco después, acentuó sus temores. Pero después de su arreglo pacífico, Boulanger quedó eliminado de su Ministerio. Su paso a la oposición y la crisis interna que siguió en Francia tranquilizaron a Bismarck en cuanto a la voluntad de paz de Francia. Sin embargo, Bismarck temía que un acercamiento franco-ruso constituyera un lejano peligro para Alemania. Al objeto de evitar la posibilidad de una guerra en dos frentes, trabajaba por renovar el tratado de reaseguro ruso-alemán cuando su conflicto con el joven emperador Guillermo II acarró su caída.

Guillermo II, al negarse a renovar el tratado del que Bismarck había hecho la piedra angular de su política, cometió una falta irreparable. Para evitar el aislamiento, Rusia se volvió hacia la alianza francesa. Entre los Estados Mayores se concluyó un acuerdo defensivo secreto. El aislamiento francés llegaba a su término.

Europa se encontraba así dividida en dos bloques: la Triplice, por una parte; el bloque franco-ruso, por otra. Inglaterra podía arbitrar su eventual conflicto. Pero la competencia económica de Alemania, su pretensión de convertirse en una grandísima potencia marítima, hicieron que lentamente Inglaterra se fuera pasando del lado de los enemigos de los Hohenzollern. Sin embargo, sólo poco a poco se llegó a esta situación. Los años que siguieron a la alianza franco-rusa vieron mantenerse las relaciones corteses entre París y Berlín. Si la visita de la madre de Guillermo II a París provocó una furiosa reacción de los nacionalistas franceses, la política de apoyo de Alemania a Francia en Africa seguía siendo válida. El acuerdo de 15 de marzo de 1894 entre Francia y Alemania delimitó la frontera oriental del Camerún. En el curso de las conversaciones, el canciller Caprivi llevó el deseo de agrandar hasta decir al explorador Monteil que la anexión de Alsacia había sido un acto impolítico, pero que el Emperador no podía reconsiderarlo sin compensación. Francia y Alemania aún estaban de acuerdo para protestar contra la decisión mediante la cual Leopoldo II abandonaba a

Inglaterra una banda de territorio entre los lagos Alberto-Eduardo y Tangañika. ¿Creyó el ministro de Asuntos Exteriores de la República, Hanotaux, que ese acuerdo franco-alemán bastaría para impresionar a Inglaterra cuando quiso adueñarse de los territorios del Alto Nilo y abrió la crisis de Fashoda? En tal caso, se equivocaba. Inglaterra pareció decidida a hacer la guerra y Francia retrocedió. Los hombres de Estado alemanes podían alegrarse pensando ante esa tensión que la reconciliación anglo-francesa era imposible. Pero su confianza les llevó a cometer un grave error. Se creyeron lo bastante fuertes como para rechazar las insinuaciones de Joe Chamberlain respecto a una alianza limitada anglo-alemana. Preparaban así la «Entente» cordial que iba a colocar a su país bajo la amenaza de un cerco.

El sucesor de Hanotaux, Delcassé, tenía empeño por una reconciliación franco-inglesa. La preparó renunciando a los derechos franceses sobre Egipto en contrapartida de su libertad de acción en Marruecos. Acuerdos similares concluidos con España e Italia completaban esta hábil campaña diplomática. Francia podía «tunificar» a Marruecos. El canciller Bulow, inquieto por el aislamiento del Imperio, recurrió entonces a la prueba de fuerza. Guillermo II declaró en Tánger que no dejaría que se atentara a la independencia marroquí. Alemania invitó, pues, a las naciones a organizar una conferencia internacional sobre las reformas por operar en el Imperio cherifiano. El discurso de Tánger emocionó violentamente a los franceses, que creyeron de nuevo que Alemania iba a atacarlos. Y el caso era que Francia, destrozada por el asunto Dreyfus, no tenía un ejército capaz de sostener su política. Retrocedió. Delcassé hubo de dimitir. Pero la Conferencia de Algeciras puso a los imperios centrales en minoría y concedió derechos limitados a Francia y a España. Sin embargo, la crisis dejaba en pos de sí graves secuelas. Los pueblos habían creído en la guerra. Habían aceptado la idea de la misma. En adelante, en ocasión de cada crisis europea, apuntó la posibilidad de una catástrofe.

Sin embargo, entre estas crisis había esbozos de reconciliación, incluso de asociación. En 1906, Bülow decía en el Reichstag: «Progresan en Alemania y en Francia la idea de que no existe interés alguno en atraer sobre nosotros una espantosa guerra y que es posible que los dos pueblos se aproximen en el terreno de las empresas industriales y financieras o incluso que lleguen algún día a un acuerdo respecto a tal o cual cuestión colonial.»

Pero cuando Francia fué a liberar al sultán sitiado en Fez—lugar en que los acuerdos de Algeciras no le permitían intervenir—, Alemania hizo una nueva demostración de fuerza enviando el «Panther» a Agadir. Nueva-

mente la guerra pareció cercana. El presidente del Consejo francés, Caillaux, tomó personalmente en manos la negociación y, apoyado por el premier inglés, Lloyd George, logró concluir el acuerdo de 4 de noviembre de 1911. Alemania aceptaba que Francia extendiera su protectorado en la mayor parte de Marruecos, pero Francia le daba en compensación 275.000 kilómetros cuadrados del Congo. Por ambas partes, los nacionalistas pusieron el grito en el cielo. Caillaux fué derrocado, mientras que el secretario de Estado alemán para las Colonias dimitía. La desconfianza dominaba la opinión. Por ambas partes se había emprendido la carrera de los armamentos y se votaban leyes militares más rígidas.

Sin embargo, los partidos hostiles a la guerra obtenían en las elecciones sufragios cada vez más numerosos. Francia elegía la Cámara más situada a la izquierda de su historia, y la *sozial-demokratie* obtenía 4.240.000 votos y 110 escaños en el Reichstag. ¿Podía esto frenar las fuerzas belicistas? Se creyó por un momento. Pero el juego de las alianzas, a propósito del conflicto austro-serbio, había de arrastrar a Francia y a Alemania a una guerra sin precedente.

La guerra fué acogida por ambas partes con una especie de entusiasmo que, a distancia, parece extraño. Algunos, como el general Lyautey, la deploraron, pero la aceptaron. Raros fueron quienes, como el escritor Romain Rolland, se negaron a participar en un lucha fratricida y se mantuvieron «por encima de la lucha». Durante cuatro años, los dos pueblos desperdiciaron las vidas humanas y sus recursos para vencer. Al objeto de mantener la moral de los combatientes, la propaganda prestó al enemigo las peores atrocidades. Sin embargo, por ambas partes, reinaba cierta estima entre los combatientes. La intervención americana decidió la suerte del conflicto. Austria-Hungría se derrumbó. Alemania, donde una república en su mayoría socialista sucedía al Imperio, conservaba su unidad, pero hubo de renunciar a Alsacia-Lorena, a sus territorios polacos, a Eupen y Malmedy y aceptar que el pasillo de Danzig separase Prusia Oriental del resto del país. En fin, el Sarre quedaba colocado bajo la administración francesa durante quince años, al final de los cuales un referéndum decidiría de su suerte.

El tratado de Versalles, que infligía esas mutilaciones a Alemania, no le privaba, sin embargo, de su fuerza. Clemenceau había tenido que contar con sus aliados; en particular, con el presidente de los Estados Unidos, Wilson. Había aceptado un compromiso contando con la promesa de que Estados Unidos e Inglaterra garantizarían las fronteras francesas. Pero el Senado americano no ratificó el tratado. Inglaterra se zafó después de que

lo hiciera su aliada. Francia hubo de contentarse con la alianza de los pequeños Estados de Europa central y oriental, sus clientes. No obstante, la ocupación de la orilla izquierda del Rin le permitió durante unos años vigilar a los vencidos.

Estos, entregados a violentas disensiones y a una profunda crisis económica, ya no inspiraban grandes temores. La República de Weimar, que había resistido difícilmente al asalto de los espartakistas, trataba de tranquilizar a los aliados. Pero a los ojos de muchos alemanes, al aceptar el armisticio y la paz, esa República desempeñaba el papel de cómplice de los aliados. Parte de la opinión alemana rechazaba con indignación las cláusulas del tratado que proclamaban la responsabilidad unilateral de Alemania en la guerra, y no aceptaba las enormes reparaciones que imponía el tratado. Su hostilidad hacia Francia, que exigía el pago de las indemnizaciones, se acrecentó, sobre todo cuando el presidente Poincaré dispuso la ocupación del Ruhr como garantía y dejó que el Estado Mayor francés fomentase el separatismo en Renania. Los ingleses, que se oponían a esa política, parecían, al contrario, humanos.

Las relaciones franco-alemanas eran, pues, pésimas cuando el electorado francés sustituyó, en 1924, el «bloqueo nacional» por el Cartel de las izquierdas. El profesor Herriot sucedió al jurista Poincaré. De acuerdo con el premier inglés, el socialista Mac Donald, abandonó la política de presión para buscar una reconciliación con la República alemana, que era preciso ayudar a vivir. El Ruhr fué evacuado. La reconciliación se hacía posible. La adhesión a Asuntos exteriores de Aristide Briand acentuó esa política. Para impedir que Alemania pensase en la revancha, era preciso, pensaba, darle un sitio en la Europa democrática. Su colega alemán Streseman aceptó esta propuesta y consiguió así alivios sustanciales de las cargas que gravitaban sobre su país. Alemania tuvo un puesto en la Sociedad de las Naciones, donde se pronunciaron discursos celebrando la reconciliación franco-alemana. Un almuerzo de los dos hombres de Estado en Thoiry fué considerado por los contemporáneos como el símbolo prometedor de ese acercamiento. Los nacionalistas franceses reprochaban a Briand el sacrificar las débiles garantías de Versalles para realizar una política utópica. Es cierto, decían, que al firmar Streseman el tratado de Locarno, había aceptado las fronteras occidentales de su país, pero se negaba a un Locarno del Este. Alimentaba, pues, el propósito de reconquistar las provincias entregadas a Polonia. Pero Francia garantizaba esas provincias a los polacos. ¿No se veía el engaño? Por su parte, los nacionalistas alemanes acusaban a su

ministro de traición, aunque les hiciera saber, *mezzo voce*, que era preciso «trapacear». No obstante, la mayoría de los dos pueblos creía en «el espíritu de Locarno», en el Pacto Briand-Kellog y en las elocuentes condenas de la guerra. El retorno de la prosperidad engendraba el optimismo. Se hablaba con admiración del renacer económico alemán. Tal vez la política de Thoiry hubiese tenido éxito de haber durado esa prosperidad. Por desgracia, la crisis de 1930 provocó la parálisis de gran parte de la industria alemana y condenó al paro a millones de obreros y de empleados. Desesperados, éstos se volvieron hacia las soluciones de la desesperación. Adolfo Hitler, profeta de un nacionalismo con tendencias socialistas, convertido en jefe del mayor partido alemán, fué llamado por el presidente Hindenburg para ocupar el cargo de canciller.

La marejada nacional-socialista había preocupado a los franceses. Estos se vieron sorprendidos, a raíz de la victoria de Hitler, al oírle hablar como un hombre de Estado y afirmar que respetaría los compromisos de Locarno. Los franceses, aún desconfiando, pese a esas seguridades, se preguntaban, sin embargo, si, después de todo, no se podría llegar a un entendimiento con ese antiguo combatiente que había conocido el horror de las trincheras. Se vió, pues, a dirigentes de asociaciones de antiguos combatientes o a hombres políticos que se avinieron a trasladarse a Alemania y hablar con él. Pero los actos del canciller no siempre coincidían con sus palabras. La forma en que abandonó la conferencia del desarme y, luego, la Sociedad de las Naciones daba motivos de inquietud. El rearme que practicaba, pese al tratado de Versalles, y posteriormente el restablecimiento del servicio militar obligatorio, no dejaban apenas dudas respecto a sus intenciones. Un gobierno francés fuerte, sin duda, hubiera reaccionado y tal vez cortado el mal en su raíz. Pero el parlamentarismo decadente de la III República temía las aventuras. Era más cómodo dejar hacer sin provocar escándalos. Fue, sin duda, en 1936 cuando más crudamente se puso de manifiesto semejante mentalidad. En víspera de las elecciones francesas, Hitler procedió a la reocupación de la zona desmilitarizada de Renania, violando el tratado. El presidente del Consejo francés, Albert Sarraut, pronunció un enérgico discurso, pero no desplazó un solo soldado. En París, la llegada al poder del Frente Popular dirigido por Leon Blum acentuó la tensión entre el nacional-socialismo antisemita de Berlín y el Gobierno democrata de París. Pero la política exterior de Leon Blum se preocupó más de la ayuda a prestar al Frente Popular español, que de la cuestión renana. El Fuhrer lo aprovechó para pasar a la acción y proceder al *Anschluss*.

En 1934 había intentado la anexión de Austria, mas la oposición enérgica de Mussolini y la más discreta de Francia e Inglaterra lo habían detenido. Pero el asunto etíope le había dado la alianza italiana y permitido romper el Frente de Stresa. La guerra de España retenía la atención del mundo. Merced a la misma, podía operar en Europa central. Aprovechándose de la superioridad de su ejército, quiso realizar su programa: después de Austria, exigió la cesión de los Sudetes. La resistencia checa inició una crisis diplomática de extrema gravedad. Inglaterra, sin ejército, y Francia, sin aviación, tuvieron que darse cuenta de su debilidad y tratar. El acuerdo de Munich, que evitaba la guerra, al dar una satisfacción a Alemania, era una medida prudente, ya que no gloriosa, habida cuenta de la situación militar aliada. Parte de la opinión francesa así lo entendió. Los comunistas, los judíos, que tenían muchos motivos de desear la caída de Hitler, y un sector del nacionalismo francés se revolviéron contra el abandono de un aliado. El sometimiento de Checoslovaquia, en marzo de 1939, les dió la razón. Después de Munich, se esbozó un acercamiento franco-alemán. El ministro de Asuntos Exteriores del Reich, Joachim von Ribbentrop, había ido a París en noviembre de 1938 para firmar un tratado de no agresión. Ese gesto no había dejado de inquietar a Mussolini, que, para torpedear la «entente» franco-alemana, había reclamado a voces Córcega, Tunicia y Yibuti. Al no rechistar Alemania, Francia había temido la unión de los dos dictadores contra ella.

La evolución de la política hitleriana acabó de condenar al fracaso el tratado de noviembre. Los hombres de Estado franceses, siguiendo a sus aliados ingleses, se resignaron a alzar barreras en el camino del Führer. Este, después de su nuevo éxito, planteó la cuestión de Danzig. De todas las cláusulas del tratado de Versalles, era ésta la más discutible. En un clima normal, hubiera podido resolverse con ventaja para Alemania, aunque sólo fuera organizando un referéndum en Danzig. Pero después del «golpe de Praga», Chamberlain y Daladier no podían admitir un nuevo retroceso. Las seguridades que dieron a los polacos indujeron a éstos a adoptar una actitud intransigente. Entonces la guerra se hizo fatal. Bismarck hubiera contemporizado. Hitler tiró para adelante creyendo que los ingleses y los franceses, al no poder contar con la alianza rusa—que habían solicitado—se resignarían ante los hechos consumados. Su error determinó la segunda guerra mundial.

Esta vez los pueblos partieron para la guerra sin entusiasmo. La primera guerra estaba demasiado cerca. Se creyó, sin embargo, que los grandes sis-

temas fortificados impedirían las grandes operaciones. La utilización masiva de aviones y carros de combate por la Wehrmacht permitió al contrario que éste sumergiera Polonia y posteriormente el oeste de Europa. Francia, literalmente machacada por la ofensiva germánica de la primavera de 1940, tuvo que firmar el armisticio. Pero, en tanto que el anciano mariscal Pétain se resignaba ante los hechos consumados, aceptando, para que Francia viviera, una colaboración llena de restricciones mentales, el general De Gaulle partía para Londres a fin de proseguir la lucha. Los franceses se dividieron aún más. En 1940 la mayoría aceptaba la derrota. Pero los sufrimientos de la ocupación, el hambre y, a medida que se proseguía la guerra, la idea de que Alemania iba a perder la partida, hicieron evolucionar la opinión de un campo a otro. Cuando en 1944 el desembarco aliado se produjo y expulsó a los alemanes de Francia, la opinión francesa estaba exasperada contra los antiguos ocupantes. Las teorías nacionalistas que habían preconizado la división de las Alemanias durante la otra guerra, volvieron a florecer. Pero la participación francesa en el esfuerzo de guerra aliado era demasiado débil para que se consultara al Gobierno de París. Francia no estuvo presente ni en Yalta ni en Potsdam. La suerte del vencido se decidió sin ella. A lo sumo se le concedió una pequeña zona del Reich por ocupar, así como una parte de Berlín.

Que los franceses empezaron haciendo pagar duramente a los habitantes de su zona los sufrimientos soportados durante la ocupación hitleriana, no es dudoso. Poco a poco, sin embargo, a medida que se aplacaban las pasiones, su administración se suavizó. Pero durante varios años sus hombres políticos, salidos de la Resistencia, creyeron necesario predicar la inflexibilidad, en tanto que los anglosajones consideraban una reconciliación con los vencidos. Fué preciso esperar la salida de los comunistas del Gobierno francés y la llegada al poder del lorenense Robert Schuman, para que el péndulo de la política francesa volviera a tomar la dirección de la «entente». Schuman quiso integrar a Alemania occidental en una Europa en que sus intereses serían respetados, pero en la que las interferencias serían lo bastante numerosas como para impedir a la República federal el tener una política personal. Alemania había caído demasiado bajo para pensar en discutir semejante oferta. El canciller Adenauer se mostró tan buen europeo como su colega. Así se inició la construcción de una Europa occidental cuyo eje quedaba constituido por las dos naciones renanas. La tarea no estaba exenta de dificultades. Los recuerdos de la guerra provocaban a veces repentinos despertares de pasiones que volvían a ponerlo todo en tela de juicio. Bien

se vio cuando el Parlamento francés rechazó el proyecto de Comunidad de Defensa Europea que los políticos franceses habían establecido para rearmar a Alemania sin dejar autonomía a su ejército. Las necesidades del momento y la presión americana forzaron poco después, bajo la amenaza de «revisión desgarradora», a que Francia aceptara un ejército alemán autónomo.

El Mercado Común vino posteriormente a reforzar la cooperación franco-alemana. Luego, la vuelta al poder del general De Gaulle, que había combatido a la C. D. E., hizo temer a Bonn un frenazo de esa política. No hubo tal. El hombre de Estado francés—más realista que doctrinario—se ha hecho, por el contrario, el campeón de un estrecho acuerdo franco-alemán que se convertiría en el eje de la nueva Europa. Así se concluye el tratado de París. No se sabe si tendrá mejor suerte que muchos actos análogos que no han señalado más que momentos de fugaces «ententes». Es cierto que en la hora actual, cuando parece haber concluído la era de las guerras nacionales, se imagina mal un nuevo conflicto entre las naciones renanas. Una y otra han tenido su período de hegemonía y han perdido su prepotencia. Ni la una ni la otra tienen la población y la producción suficientes para hacer frente a los colosos que dominan el mundo. Miembros de la Comunidad occidental, Francia y la República Federal, ya no pueden llegar a las manos. Por otra parte, pruebas desastrosas han enseñado a sus pueblos que la guerra ya no paga. Pero cabe preguntarse si el estrecho acuerdo que De Gaulle y Adenauer han convenido anudar no se relajará después de ellos, si otras combinaciones diplomáticas no se formarán cuando sucedan a los guías actuales de Francia y de Alemania hombres más jóvenes y más sensibles a la presión americana.

CLAUDE MARTIN.